

0

Jacobo Timerman no quería que yo escribiera este libro.

Me lo dijo cuando lo llamé desde la redacción de *Página/12*, en diciembre de 1997, para pedirle un primer encuentro. No pude terminar la frase. “¡Ah, cuánto lo siento!”, me cortó: no le interesaba revisar su pasado, era una historia dolorosa. Además, preguntó con fingida modestia, ¿a quién podía interesarle? No iba a darme siquiera la oportunidad de persuadirlo.

En el frío atardecer del 5 de junio de 1998 subí la loma sobre la que construyó la *Dacha* (residencia campestre, en ruso: una palabra que unía su origen y su conquistado estatus social), la imponente casa de su vejez en el barrio Rincón del Indio de Punta del Este. Una mucama abrió la puerta, me guió con un movimiento del brazo hacia el extremo del living de treinta metros en que Timerman esperaba, sentado en un gran sillón Chesterfield de cuero, sin zapatos, con medias gruesas y pantalón de corderoy, junto a un fuego crepitante, con las mejillas y el mentón cubiertos por una raleada pelusa blanca. Tomaba té con tostadas, queso blanco y mermelada.

Yo lo había visto exactamente allí, en el centro de una escena idéntica pero veraniega, una tarde de enero de 1992, un año después de la muerte de Risha, su mujer. Había sido toda una sorpresa: a los 22 años, había esperado encontrarme con un prócer; en cambio, había hallado a un viejo solitario hundido en una depresión. Timerman recordaba aquel encuentro.

Había aceptado mi visita con una condición: no podría usar sus palabras como parte de una entrevista. “Todos vienen a visitarme y después publican que me entrevistaron”, protestó. Las migas de las tostadas se amontonaban en su suéter azul marino. No las sacudía. Me miraba con ojos acuosos desde el fondo de unos anteojos de cristales sucios. Abría y cerraba la mano izquierda y removía en el sofá sus huesos doloridos. Subía y bajaba los pies de la mesa ratona, intentando inútilmente encontrar una posición confortable. Su cuerpo acumulaba las secuelas de la tortura, un accidente de tránsito reciente, un par de infartos y los achaques de la vejez. Hacía poco había vuelto de un mes de tratamiento en una clínica de Buenos Aires; una masajista lo atendía diariamente y hacía ejercicios de rehabilitación.

Se quejaba: del dolor, de la vejez, de su situación. Se quejaba del periodismo, que lo había alejado de su familia, de la tensión y el mal humor que acompañan el oficio. Abominaba del periodismo. Durante dos horas osciló entre el desánimo, la amargura, la amabilidad y el entusiasmo. Por momentos parecía tranquilo e interesado; de repente, sin transición, se endurecía y volvía a desconfiar. No quería hablar sobre mi libro. Bueno, acepté. “¿De qué vamos a hablar entonces?”, preguntó, hostil. Hablamos de diarios, de proyectos de nuevas publicaciones en Buenos Aires, de su frustrada oposición a la decisión de su hijo Héctor de ser periodista, de su familia. Durante uno de sus monólogos descubrí con espanto que faltaba su mítico acento de inmigrante ruso-judío. Hablaba como un argentino. “¡Dios mío! --pensé absurdamente-- ¡No es Timerman!”. El acento apareció y volvió a desaparecer, fluctuante como su ánimo. Eses potentes, ves violentas, erres tormentosas... ¿habían sido un agregado en la construcción de su personaje? ¿Cómo

había conservado el acento de sus padres durante tantos años si era argentino desde antes de perder los primeros dientes, si no hablaba ruso desde los cinco años y había hablado en idish por última vez cuarenta años antes? ¿Era vulnerable esa noche de junio? Finalmente, me angustié: ¿esto era Timerman? No se parecía a la leyenda que había creado: ogro de las redacciones, magnánimo protector de jóvenes cronistas, absoluto renovador del periodismo argentino, exitoso hombre de negocios, desafiante acusador de los represores, héroe, héroe, héroe.

Solo en su triste y grandioso rincón del living, las migas en el suéter, los huesos torturados, era un fantasma o acaso la nada, como había murmurado amargamente dos años antes en una entrevista con *La Nación*. Era la oscuridad a la que lo habían arrojado los años, la súbita muerte de su esposa, el exilio final de Punta del Este, de la que no lo sacaba el agasajo de un reconocimiento social tan tibio y lejano como ignorante. Era la rutina de unas pastillas para dormir, un paquete de Gitanes, de vez en cuando un habano, un vaso de whisky, el último ejemplar del *New York Review of Books*. En el mejor de los casos, largas noches en el Moby Dick, un pub frente al puerto, pagando rondas de champagne a marineros y putas. ¿Qué es la vida social para mí? Es sobre mí, preguntas sobre mí, cientos de preguntas sobre qué pienso de las próximas elecciones., se lamentaba.

A veces, los años de su infancia volvían con violencia, llenaban de nostalgia la monotonía. “Qué solo estás”, se había sorprendido un viejo conocido de los buenos tiempos. “Todos estamos solos”, lo había rechazado, con violenta amargura.

El ventanal se abría angustiante al vacío de la noche. Me paré para irme. Timerman se agitó.

--¿Qué tenés ahí? ¿Un grabador?

Reí, creyendo que señalaba la piedra de mi anillo. “Sí, hay un grabador adentro del anillo”.

--No, ahí, en el cinturón --me acusó, fuera de sí.--¿Es un grabador?

--¿Cómo va a ser un grabador? ¡Es la hebilla del cinturón!

No quitaba los ojos de la hebilla, un rectángulo de cinco centímetros de largo recubierto en cuero marrón. Temía una conspiración, una traición, algo que él hubiera sido capaz de hacer en su juventud. Protestó que había sido usado. Le mostré otra vez la hebilla. “No te creo”, murmuró, sin fuerza.

Caminó conmigo hasta la puerta, en silencio, apoyado en su bastón. Para volverlo a la realidad, le dije que debía ser difícil mantener cálida una casa tan grande en el invierno y pregunté si el fuego ardía todo el tiempo. “Yo prácticamente vivo ahí”, musitó, súbitamente amable, mientras señalaba el sitio en el que habíamos estado. Miramos el fuego desde la puerta en silencio. Los troncos que comenzaban a arder cuando llegué estaban casi consumidos. Volvió a quejarse del dolor. Le agradecí por haberme recibido y nos despedimos. Tardó unos segundos en cerrar la puerta a mis espaldas.

Volvimos a hablar varias veces, aunque seguía negándose a revisar su vida. En una ocasión, se apresuró hacia el teléfono

cuando su mucama le dijo quién llamaba. “Llegaste tarde”, me saludó, agitado. Sonaba feliz: minutos antes lo había llamado otra periodista desde Buenos Aires para consultarlo sobre su última columna en la revista *trespuntos*, que dirigía su hijo Héctor, en la que denunciaba a Enrique Jara, ex subdirector de *La Opinión*, de haber colaborado con el grupo de tareas que lo secuestró en 1977. Se había enterado de que Jara integraba el directorio del recién lanzado diario *Perfil* en Buenos Aires, y con su columna había provocado su renuncia. El incidente le había devuelto momentáneamente la ilusión del poder.

En una conversación telefónica posterior, hablando sobre este libro, me dijo: “Hables conmigo o no hables, igual todo va a ser mentira”. Hubo un breve silencio en la línea, que lo obligó a agregar: “Es un chiste”. Pero no lo era del todo. Siempre había tendido a la fabulación, especialmente cuando se refería a sí mismo. Algunas mentiras causaban gracia, sonaban infantiles: una vez dijo, con tono solemne, al crítico literario Ernesto Schoo que estaba releyendo *La guerra y la paz*, de Tolstoi, “en ruso”, un idioma que no hablaba desde los cinco años y en el que nunca había leído. Otras no, y no quería que nadie hurgara en ellas. Había resuelto que, si no podía dictarla, su historia no sería escrita. Trató de impedir, como pudo, que se escribiera. Hizo circular la versión de que otra periodista, que lo admiraba, preparaba su biografía. Un segundo periodista, también admirador suyo, sugirió a Editorial Sudamericana que no había razón para publicar este libro, que otros proyectos retratarían mejor a Timerman. No era sólo lo que yo podía revelar sobre su actuación pública y privada en tantos años de relación con el poder político, los negocios y el periodismo. Tal vez previó que un primer esfuerzo suscitaría otros, que dañarían aún más la imagen que había sabido construirse en la Argentina y, especialmente, en los Estados Unidos. Así fue: Abrasha Rotenberg, su ex socio y uno de los primeros entrevistados de este libro, decidió escribir sus memorias luego de que comenzara a revisitarlas a mi pedido. El resultado fue *Historia confidencial*, un relato personal básicamente centrado en la historia del diario *La Opinión*, cuya propiedad compartió con Timerman y David Graiver.

Poco después, Timerman me anunció por teléfono que había resuelto escribir sus memorias y ya tenía contrato con Random House, una editorial norteamericana de primera línea. Publicó un adelanto en *trespuntos*. Clifford Krauss, el corresponsal de *The New York Times* en la región, fue a verlo a Punta del Este para saber más. Timerman es recordado en Estados Unidos por su libro de 1981, *Preso sin nombre, celda sin número*, en el que afirmó que la última dictadura militar argentina, que lo había encarcelado y torturado, no sólo era un régimen autoritario y sangriento sino que debía ser comparado con la Alemania nazi: lo había perseguido por judío. Acusó a la dirigencia judía argentina de haber sido cómplice del régimen o, en el mejor de los casos, de haber callado ante la persecución, a la manera de los consejos judíos que colaboraron con el nazismo, los Judenrat. El libro causó una conmoción en los Estados Unidos y se convirtió en la mayor denuncia internacional contra el terrorismo de Estado en la Argentina.

Hablaron durante seis horas. Krauss volvió a Buenos Aires

convencido de que el viejo le había abierto su corazón: le había hablado de sus miedos, de la niñez, de la pobreza, de la edad, de las cosas que habían sido importantes en su vida. Le había mostrado su decrepitud, su depresión, su ocaso. "Fue Ashbel Green, su editor en Alfred A. Knopf, que publicó todos sus libros en los Estados Unidos, quien le dio la idea de escribir sus memorias años atrás. escribió Krauss en el *Book Review* de *The New York Times*. Pero Timerman dijo que se dio contra una pared en sus intentos por escribir sobre sus años como editor de diarios en los que desafió por igual a generales de derecha y a terroristas de izquierda. La frustración creció, dijo, cuando otros escritores argentinos comenzaron a escribir su biografía; se dio cuenta de que la historia de su vida sería definida por gente que él creía que no lo conocía realmente. 'Me pregunté quién soy', dijo Timerman, mientras llegaban los pedidos de entrevistas de sus aspirantes a biógrafos y rechazaba todos. 'Para mí, mi vida periodística es como una película de cowboys. No descubrí nada, no creé nada. No fui nada inusual. Fui a prisión y fui torturado, ¿y qué?'". Pero la autobiografía no existía y Timerman no tenía el ánimo para emprenderla. Intentó obligarse a recordar su infancia durante algunas semanas con la ayuda de una dactilógrafa, pero se cansó. Llamó a dos periodistas amigos, Sylvina Walger y Orlando Barone, a Punta del Este. Les ofreció que escribieran sus memorias, los tres en equipo, con división de ganancias en partes iguales. Una sola condición: "cualquiera" tendría derecho a veto sobre el libro terminado. Aceptaron, pero en todo el fin de semana no lograron que los dejara encender el grabador ni hacer preguntas. Quince días después seguía sin aceptar que lo entrevistaran. Barone, molesto por el engaño, publicó la historia en *La Nación*. No había sido más que una maniobra de Timerman para neutralizar la aparición de *Historia confidencial*, que Rotenberg presentaba por esos días en la Feria del Libro de Buenos Aires. Barone contó que Timerman había recordado aquella charla de seis horas con *The New York Times*: "No sé ni qué dije en esa entrevista. No creo que publique nada. Si no tengo escrito más que unos fragmentos..."

Una tarde de septiembre de 1999, rendido ante la juventud de cuatro estudiantes de periodismo que lo admiraban sin saber bien por qué, confesó sus maniobras con risa pícaro, como si admitiera una travesura de niño. "Nunca pensé en escribir (mis memorias)", dijo. Había publicado el adelanto de *trespuntos* "porque varias personas están escribiendo mi biografía. Entonces yo digo: ¿cómo hago para pararlos? Para que no escriban. Voy a anunciar que yo escribo una. Hasta ahora no apareció nada por suerte.. Escuchame, ¡en el *New York Times* salió una página entera! Se corrió la voz y este muchacho corresponsal del *New York Times* acá, Clifford Krauss, apareció en Punta del Este: 'Mi jefe quiere un artículo sobre eso..' ¿Sabés lo que hice? Estuvo siete horas en mi casa en Punta del Este conversando sobre mis memorias. Yo, explicándole cómo iban a ser, detalle por detalle... ¡Salió publicado! Me llamó mi editor y yo dije... ¡ni remotamente!.." ¿No piensa escribirlas?, preguntó una de las estudiantes. "No." "¿Y no quiere que nadie lo haga por usted?" "Bueno, nadie, no..." "¿Ha tenido propuestas serias, buenas?" "Muy serias, muy buenas, de mucha gente... A ver, que me acuerde... Sylvina Walger, Orlando Barone,

Graciela Mochkofsky... eh... Osvaldo Ciezar, el de la France Press... ¿quién más?... No...”, quedó en silencio.

Sólo podía aceptar una biografía que lo retratara como un personaje heroico. En el frágil bosquejo de las “memorias” de *trespuntos*, enumeró algunos de los relatos con los que alimentó la leyenda:

Su fracasado intento por alistarse, sobre el final de su adolescencia, en las tropas aliadas que combatían al fascismo en Europa: “Por más que miro hacia atrás, buscando algún aliento, siento el agónico vacío con que me envuelven esas dos guerras, España y Europa, que no me dejaron combatir..”

Su activismo en los grupos juveniles antifascistas que marcharon hacia el diario nacionalista de la década del 30 *El Pampero* --75.000 ejemplares de odio antisemita-- para prenderle fuego.

Su compromiso con la guerra antifascista mediante “pequeñas operaciones de información o desinformación”: en la deportación a Yugoslavia del nazi croata Ante Pavelic y en el secuestro de Adolf Eichmann, jerarca de la SS, dos refugiados en la Argentina de la posguerra.

Su coraje en la redacción de *La Opinión*, mientras la policía buscaba la bomba sobre la que había dado aviso una llamada. La frase heroica a su hijo Héctor, única otra persona que se había arriesgado con él: “No estamos solos. Tenemos a nuestros lectores.”

No aceptaría otra versión de su vida. Tampoco sus hijos. Apenas comenzaba la investigación para este libro, Héctor me dejó en claro que sólo hablaría para una versión expresamente autorizada por su padre. Su hermano Javier, residente en Nueva York y casado con una periodista norteamericana que fue mi profesora en la Universidad de Columbia, aceptó conversar conmigo en tres oportunidades y mantuvimos una cordial y escueta correspondencia electrónica durante dos años, pero finalmente me aclaró que no quería “colaborar” con el libro y dejó de contestar mis mensajes. En septiembre de 2002, llamé a Daniel a Tel Aviv, Israel, anunciándole que la semana siguiente viajaría hacia allá y quería entrevistarlo. “No, no, no quiero... Hasta luego. Bye”, cortó el teléfono. Cuando le pregunté a José, el hermano mayor de Jacobo, por qué sus sobrinos actuaban así, me dijo: “Ellos no creen que sea posible escribir una biografía de Jacobo.” Pero ¿cómo podría una investigación sobre Timerman resultar en un relato épico? El verdadero Timerman demostró algunas veces en su vida un gran coraje personal, como cuando desde *La Opinión* se enfrentó al siniestro José López Rega, que manejaba el escuadrón clandestino de paramilitares que inauguró el terrorismo de Estado en los años 70, o durante las horribles sesiones de tortura a las que fue sometido en 1977. Fue, además, el gran renovador del periodismo argentino en la segunda mitad del siglo XX y formó la más brillante generación de periodistas desde la experiencia de *Crítica*, el diario fundado por Natalio Botana en 1913.

Pero siempre intentó moverse con la seguridad de su acceso al poder de turno. Basó su ascenso social y profesional en asociaciones pragmáticas con el poder político y militar dominante en la Argentina de los años 50, 60 y 70. Se alió al gobierno democráti-

co de Arturo Frondizi y luego a los militares “azules”, que, cuando fracasaron en imponer su proyecto con métodos democráticos, diseñaron una conspiración para un golpe de Estado, en la que Timerman participó activamente ayudando a promocionar la figura del autoritario general Juan Carlos Onganía en los dos semanarios que fundó para ello. Se unió comercialmente a un oficial de la Fuerza Aérea que se reconocía abiertamente antisemita, con quien asesoró a empresas privadas que hacían *lobby* con el Estado. Se alió al gobierno de facto del general Lanusse, apoyó al último gobierno de Perón y, finalmente, se sumó al complot que llevó al poder en 1976 a la dictadura más brutal de América latina. Sus dos décadas de intrigas concluyeron en tragedia cuando, en 1977, cayó víctima de uno de los sectores militares, en parte como resultado de su participación en el peligroso juego de poder interno del Ejército.

Esta historia, la verdadera, de grandezas y miserias, la que Timerman no quería que se escribiera, es la que cuenta este libro.